

da para justificar la intolerancia. «Hay que cargar los barcos de esos insectos dañinos, que le roen el hueso a la patria que los nutre», había escrito él en *Nuestra América*. (Los beatos martianos no encontrarán, en este caso, la excusa de que la frase ha sido desquiciada. Su autor hablaba en verdad de desterrar a quienes, siendo latinoamericanos, no sentían el amor por sus tierras.)

En el artículo de Julio Antonio Mella podrá encontrarse otro detalle de larga consecuencia. En las filas del primer Partido Comunista de Cuba, Mella había coincidido con Carlos Baliño, viejo compañero de lucha de Martí. Y de éste recogió una idea que no consta en los escritos martianos conocidos hasta hoy. El mensaje, escuchado por Baliño de viva voz de Martí, anunciaba que la revolución no era lo que comenzaría en los campos cubanos en 1895, sino lo que iba a desarrollarse luego, ganada la República.

La frase no podía ser más útil. Que todo marchaba hacia la República, saltaba a la vista en cualquiera de los últimos escritos de Martí. Pero poco podía saberse, a partir de esas páginas, de la naturaleza de aquella república. La frase transmitida por Baliño suponía que, no por constituida una república, debía descartarse la posibilidad de la revolución. Julio Antonio Mella y otros temperamentos rebeldes recibían así la ratificación de que lo instaurado en Cuba hasta entonces no era el sueño martiano, y no tenía por qué contentarlos, desde que el propio Martí se había encargado de anunciar una fase todavía superior.

Luego de 1959, en cambio, las posibilidades parecían del todo cumplidas. Había existido una república insatisfactoria (catalogada como seudorrepública o república mediatizada), y había triunfado la revolución. A través de Baliño y de Mella, Martí enviaba un recado a Fidel Castro, que no demoraría en adoptarlo. Fuera de ello, no parecía quedar más encarnación posible para lo escrito por Martí. O quedaba una aún, la del exilio: Carlos Márquez Sterling llamando a Fidel Castro «Anti-Martí» en la reedición de su biografía martiana.

También en el exilio, en una conferencia pronunciada en los setenta, Carlos Alberto Montaner afirmó, a propósito de Martí: «En alguna medida, Cuba es un país en torno a un hombre». Y añadió: «Los cubanos pueden ser liberales o conservadores, derechistas o izquierdistas, radicales o moderados, pero, en cualquier

caso, tienen, insoslayablemente, que mostrar su adhesión a Martí». No estoy seguro de cuán vigente considere Montaner estas palabras tuyas de hace tres décadas. Pero, cualquiera que sea su opinión actual, sus afirmaciones valen como síntoma de una limitación del imaginario cubano: la de no poder soslayar, pasar por alto, a una de sus figuraciones.

¿Queda todavía algún Martí aprovechable para las políticas cubanas? ¿No han agotado su potencialidad el actual régimen cubano y los exilios? Me pregunto si en lo adelante no habrá que echar a un lado esa manía de entender a José Martí como autoridad irrecusable. Me pregunto si no habrá que prescindir, entre otros autoritarismos, del autoritarismo de Martí. Y pienso que, de cualquier modo que se presente el futuro para la cultura cubana, en ella ha de caber la posibilidad de soslayarlo.

Juego a veces a viajar hasta una época en que su autoridad no estaba fundamentada aún, una época en la que él despertaba, junto a las primeras admiraciones, resquemores. Ese ejercicio permite, además de suponer un tiempo no copado por Martí, calibrar en mucho lo original traído por él a la literatura y a la política cubana. Viajo, pues, hasta los artículos donde Enrique Trujillo se opuso a la fundación del Partido Revolucionario Cubano. Leo, a diferencia del más difundido Juan Marinello, al primer Marinello, reacio a los abusos retóricos en la oratoria de Martí. Y llego al punto en que Domingo Faustino Sarmiento, en carta a Paul Groussac de junio de 1887 celebraba la crónica martiana a propósito de la inauguración de la Estatua de la Libertad y, refiriéndose a un autor poco conocido por entonces, lo menciona de esta manera: «Martí, un cubano, creo».

Me abismo ante esta insegura correspondencia entre Cuba y Martí como ante esos nudos del tiempo donde las cosas que son, podrían haber resultado diferentes ©

Referencias bibliográficas

- Las referencias de Ramón Grau San Martín, Julio Le Riverend, José Cantón Navarro, Luis Pavón, Carlos Márquez Sterling y Carlos Alberto Montaner pueden encontrarse en Ette, Ottmar, *José Martí. Apóstol, poeta, revolucionario: una historia de su recepción*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1995. La obra de Ette, con la que estoy en deuda, resulta un compendio imprescindible para seguir la construcción y discusión del mito martiano.
- Centro de Estudios Martianos (editor): *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, La Habana, 1985.
- Fernández Retamar, Roberto: «Martí y la revelación de nuestra América». En Martí, José: *Nuestra América*, compilación y prólogo de Roberto Fernández Retamar, Casa de las Américas, La Habana, 1974.
- Ludwig, Emil: *Biografía de una isla (Cuba)*, Centauro, México, 1948.
- Marinello, Juan: *Españolidad literaria de José Martí*, Imprenta Molina y Cía, La Habana, 1942.
- Marinello, Juan: «Fuentes y raíces del pensamiento antiimperialista de José Martí». En *En torno a José Martí*. Coloquio Internacional de Bordeaux, Éditions Bière, Bordeaux, 1974.
- Mella, Julio Antonio: «Glosas al pensamiento de José Martí» (http://www.cubaliteraria.cu/revista/sitio_ma3/pages/mella.html)
- Nazoa, Aquiles: *Cuba: de Martí a Fidel Castro*, Instituto Venezolano Cubano de Amistad, Caracas, 1976.
- Ortiz, Fernando: «La fama póstuma de José Martí». En *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, número 73, julio-diciembre de 1957.
- Roca, Blas: «José Martí: revolucionario radical de su tiempo». En Centro de Estudios Martianos (editor), *Siete enfoques marxistas sobre José Martí*, Editorial Política, La Habana, 1978.
- Rojas, Rafael, *Tumbas sin sosiego*, Anagrama, Barcelona, 2006.
- Sarmiento, Domingo Faustino: «La Libertad iluminando al mundo». En *Obras*, tomo XI, Buenos Aires, 1900.

